

Pero al observar el semblante atontado de la planchadora, retrocedió temblando. La pobrecilla conocía demasiado aquel hálito de aguardiente, aquellos ojos pálidos, aquella boca convulsa. Y Gervasia pasó adelante, dando traspiés, sin decir una palabra, mientras la pequeña, de pie en el umbral de su puerta, la seguía con su mirada sombría, silenciosa y grave.

XI

Naná crecía, se hacía moza. A los quince años estaba desarrollada completamente, con sus carnes blancas como una ternera, tan gruesa y rolliza como una bola. Sí, así era: quince años, dentadura completa y sin corsé. Una verdadera fisonomía de putuela, empapada en leche, una piel aterciopelada de melocotón; una nariz picaresca, una boca de rosa y en sus ojos un fuego tal, que los hombres, al verlo, sentían deseos de encender en él sus pipas. Su mata de cabellos rubios, color de avena fresca, parecía que arrojaba sobre sus sienes polvillo de oro, pecas, que formaban allí como una corona de sol. ¡Ah! una linda muñeca, como decían los Lorilleux, una mocosa á quien todavía hubieran debido sonarle las narices, y cuyos torneados hombros ofrecían la seductora morbidez y exhalaban el olor apetitoso de una mujer formada.

A la sazón, ya no necesitaba Naná meterse bolas de papel en el corsé, pues sus pechos habían adquirido un regular desarrollo, tapizados por una piel parecida á raso blanco finísimo. Y esta circunstancia, en verdad, no la incomodaba; muy al contrario, hubiera deseado tenerlos como odres, como tetas de nodriza, ¡tan ansiosa y desconsiderada es la juventud! Lo que sobre todo la hacía apetecible, era la fea costumbre que había adquirido de sacar la puntita de la lengua por entre sus blancos dientes. Sin duda, al mirarse algún día en el espejo, se había encontrado

así graciosa; y desde entonces, todo el santo día estaba enseñando la lengua, para hacer gracia.

—¡Esconde tu embusterilla!—le gritaba su madre. Y á menudo era preciso que interviniese Coupeau; á puñetazos, aullando entre juramentos:

—¡Quieres esconder esa lengua!

Naná demostraba ser muy coqueta. Si bien no siempre se lavaba los pies, en cambio escogía sus botinas tan estrechas, que sufría el martirio en la prisión de San Crispín; y si la interrogaban, al ver que se ponía amoratada, contestaba que tenía cólico, para no confesar su coquetería.

Cuando faltaba para pan en la casa, le era difícil componerse. Y entonces hacía milagros. Recogía cintas en el taller y se arreglaba su tocado con vestidos sucios, llenos de adornos y lazos. El verano era la estación de sus triunfos. Con un vestido de percal de seis francos, paseaba todos los domingos, llenando el barrio de la Goutte d'Or con su rubia belleza. Sí, la conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones y desde la calzada de Galignancourt hasta la calle mayor de la Chapelle. Llamábanla «la pollita», porque, en efecto, tenía la carne tierna y el aspecto fresco de una de estas aves.

Un vestido, sobre todo, le sentaba perfectamente. Era un traje blanco con lunares rosados, muy sencillo y sin adorno alguno. La falda, algo corta, permitía ver sus pies, las mangas, muy abiertas y caídas, dejaban al descubierto sus brazos hasta el codo; el escote del cuerpo, que la muy bribona abría con alfileres, en forma de corazón, escondiéndose para ello en un rincón de la escalera, á fin de evitar los cachetes de papá Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y la dorada sombra de su garganta.

Y sin más adorno en la cabeza que una cinta de color de rosa alrededor de sus cabellos, una cinta cuyos extremos revoloteaban sobre su nuca. Así vestida, presentaba el frescor de un ramillete y en ella aspirábase la juventud, alternando las desnudeces de la niña con las de la mujer.

Los domingos eran en aquella época para Naná días de cita con la multitud, con todos los hombres que

pasaban y le echaban el ojo. Esperaba toda la semana que llegase el domingo, cosquilleada por deseos, ahogándose, poseída de una necesidad de aire libre, de paseo al sol, entre la batahola del arrabal en traje de fiesta.

Desde el amanecer se vestía; permanecía horas enteras en camisa delante del pedazo de espejo colgado encima de la cómoda; y como todos los vecinos podían verla por la ventana, enfadábale su madre y le preguntaba si no iba á acabar nunca de pasearse con tan indecente traje. Pero la moza, tranquila, se pegaba ricitos á la frente con agua azucarada, recosía los botones de sus botinas ó cogía algún punto á su vestido, con las piernas desnudas, la camisa caída sobre los hombros y desgreñado el pelo.

¡Ah! ¡qué graciosa estaba de aquel modo!—decía papá Coupeau, riendo y burlándose;—¡una verdadera Magdalena desolada! ¡Hubiera podido servir de «mujer salvaje» y exhibirse en público por dos sueldos! Y le gritaba: «Esconde tu carne, que estoy comiendo mi pan.» Naná, verdaderamente encantadora, blanca y suave bajo el desbordamiento de sus rubias guedejas, encolerizábase de tal modo, que su tez adquiría un color de rosa, y sin atreverse á contestar á su padre, rompía entre sus dientes el hilo, con un golpe seco y furioso, que sacudía con un estremecimiento su desnudez de guapa moza.

Después, al acabar el almuerzo, desfilaba en dirección al patio. La tibia paz del domingo adormecía la casa; en el piso bajo, los talleres estaban cerrados; las habitaciones bostezaban por sus ventanas abiertas, mostrando las mesas puestas y preparadas para el anochecer, en espera de las respectivas familias que en el interin se hallaban haciendo apetito, paseando por las fortificaciones; en el piso tercero, una vecina empleaba el día en fregar su cuarto, arrastrando su cama; mudando de sitio los muebles y cantando por espacio de horas enteras una misma coplilla, con voz suave y llorona.

Y entre aquel reposo de los talleres y en medio del patio vacío y sonoro, empeñábanse partidas de volante entre Naná, Paulina y otras niñas mayores.

Eran cinco ó seis que juntas se habían desarrollado; que eran las reinas de la casa y que se compartían las ojeadas de los señores.

Cuando algún hombre atravesaba el patio, oíanse risas aflautadas; y el roce de sus almidonadas enaguas producía un ruido semejante al soplo del viento. Y por encima de ellas brillaba pesado y abrasador el aire de los días de fiesta, como enervado de pereza y blanqueado por el polvo de los paseos.

Empero las partidas de volante no eran más que un pretexto para evadirse. De repente, la casa entera caía en un gran silencio. Las mocitas acababan de escurrirse á la calle, lanzándose á los bulevares exteriores. Entonces las seis, cogidas del brazo, ocupando todo el arroyo, se paseaban, vestidas de colores claros, con sus cintas atadas alrededor de sus cabelleras, que lucían al aire libre.

Con sus ojos penetrantes, deslizándose miraditas por el ángulo contraído de sus párpados, lo veían todo y echaban atrás la cabeza para reírse, mostrando la morbidez de sus barbillas.

En sus estrepitosas carcajadas, cuando pasaba algún jorobado, ó una vieja esperaba á su perrillo al volver de una esquina, se rompía la línea; unas se quedaban rezagadas, en tanto que otras tiraban de ellas violentamente; y movían las caderas, se apelotonaban y se desmadejaban con la sola idea de llamar la atención y hacer ondular los corsés al impulso de sus nacientes formas.

La calle les pertenecía, en ella habían crecido, levantándose las faldas á lo largo de las tiendas; y en la calle seguían remangándose hasta los muslos, para atarse las ligas. Por entre la muchedumbre lenta y descolorida, á través de los claros árboles de los bulevares, la bandada corría así desde la barrera Rochechouart á la de Saint-Denis, codeando á las gentes, cortando los grupos en zig-zag, volviéndose y soltando palabrotas entre sus incesantes risotadas.

Y sus vestidos, levantados por el viento, dejaban en pos de ellas la insolencia de su juventud; exhibíanse al aire libre, en plena luz del sol; con la obscena

grosería del pilluelo, apetecidas y tiernas como vírgenes al volver del baño, empapada de agua la nuca.

Naná iba en medio, con el vestido de color de rosa, que adquiría más brillante matiz á la luz del sol, y daba el brazo á Paulina, cuyo traje de amarillas flores sobre un fondo blanco, brillaba también salpicado de pequeños resplandores. Y como las dos eran las formadas, las más mujeres y las más descaradas, dirigían la bandada y se envanecían con las ojeadas y los piropos que les echaban.

Las otras, las menores, formaban la cola, á derecha ó á izquierda, procurando hincharse para llamar la atención. Naná y Paulina abrigaban en el fondo de su pensamiento planes complicadísimos de astucias coquetonas. Si corrían hasta perder el aliento, era con objeto de enseñar sus moños. Después, cuando se detenían, fingiendo estar sofocadas, con la garganta inclinada atrás y palpitante, podía asegurarse desde luego que por allí cerca había algún conocido, algún mozo del barrio. Y andaban, entonces, lánguidamente, cuchicheando y riendo entre sí y acechando con los ojos bajos.

Despepitábanse, sobre todo, por esas citas casuales, en mitad de los empujones de la calle. Mocetones en traje dominguero, con levita y sombrero de copa, las detenían un instante en la orilla de la acera, bromeando é intentando pellizcarles la cintura. Obreros de veinte años, despechugados, con sus blusas grises, conversaban lentamente con ellas, cruzados de brazos y echándoles en las narices el humo de sus pipas.

La cosa, sin embargo, no traía consecuencias, pues sólo se trataba de galopines que se habían criado al mismo tiempo que ellas y en la calle. Pero, entre tantos, ya escogía cada una el que más le agradaba. Paulina encontraba siempre á uno de los hijos de la señora Graudron, un carpintero de diez y siete años que le regalaba patatas fritas. Naná, desde el extremo opuesto de la avenida, vislumbraba á Víctor Fauconnier, el hijo de la planchadora, con el cual andaba á besos y abrazos por los oscuros rincones. Mas la cosa no pasaba de ahí, por cuanto las tales mocitas tenían demasiado vicio para hacer una tontería sin sa-

ber sus resultados. En compensación, sus conversaciones eran de lo más subido.

Después, cuando el sol declinaba, la gran satisfacción de las muy pícaras consistía en detenerse delante de los titiriteros ambulantes, sacamuelas y hércules, que para sus ejercicios extendían en mitad de la avenida una alfombra raída por el uso. Entonces los curiosos se agrupaban, formábase un círculo, en tanto que el saltimbanquis, en el centro, hacía sus habilidades, luciendo sus descoloridos trajes de mallas.

Naná y Paulina permanecían allí en pie horas enteras, en medio de lo más apiñado de la muchedumbre. Sus bonitos y frescos vestidos se aplastaban entre los gabanes y las blusas sucias. Sus brazos desnudos se caldeaban bajo los pestilentes hálitos, entre un olor de vino y sudor.

Y las dos reían, alegres, sin asto, más sonrosadas y como si estuviesen en su natural elemento. En torno de ellas pronunciábanse palabrotas indecentes, obscenidades crudas, reflexiones de hombres borrachos. Aquel era su lenguaje; todo lo sabían; y se volvían sonrientes, con tranquilidad impúdica, conservando la delicada palidez de su satinada piel.

Lo único que las contrariaba era encontrarse con sus padres, sobre todo cuando estaban bebidos. Las dos andaban ojo avizor y se avisaban.

—Mira, Naná—gritaba de repente Paulina,—por allí viene papá Coupeau.

—¡Sí, eh! ¡no está chispó, no; cuando yo lo digo!—exclamaba Naná contrariada.—Me largo, ¿oyes? ¡Andá! ¡buena lá ha pillado! ¡Dios de Dios! ¡así se le rompiese el gaznate!

Otras veces, cuando Coupeau llegaba en dirección hacia ella, sin dejarle tiempo para escabullirse, se agachaba Naná entre las demás, murmurando:

—¡Ocultadme vosotras!... Me busca y ha prometido darme un puntapié en el culo si me pillaba paseando por la calle.

Después, cuando el borracho había pasado de largo, levantábase la tunantuela y todas la seguían desternillándose de risa. ¡Que la encuentra!... ¡Que no la encuentra!... aquello era un verdadero juego al escondido.

ñite. Sin embargo, un día vino Boche á agarrar de las orejas á Paulina, y Coupeau condujo á Naná á casa á puntapiés.

Próxima la puesta del sol, daban la última vuelta del paseo y regresaban en el pálido crepúsculo, en mitad de la fatigada muchedumbre. El polvo que el aire levantaba se había hecho más espeso y oscurecía el resto de la claridad diurna. La calle de la Goutte d'Or parecía un rincón de provincia, con las comadres á las puertas y las voces que interrumpían el tibio silencio del barrio huérfano de coches.

Deteníanse las amiguitas un momento en el patio y volvían á coger las palas del volante, fingiendo no haberse movido de allí. Y después subían á sus respectivas habitaciones, inventando una historieta, que á menudo para nada les servía, cuando encontraban á sus padres ocupados en repartirse cachetes, por si la sopa tenía poca ó mucha sal, ó estaba poco cocida.

A la sazón, Naná era oficiala y ganaba cuarenta sueldos en la tienda de Titreville, en la calle del Caire, donde había hecho su aprendizaje. Los Coupeau no querían mudarla de obrador, porque allí estaba bajo la vigilancia de la señora Lerat, que era oficiala mayor de la casa desde hacía diez años.

Cada mañana, mientras su madre miraba la hora en el cuclillo, la jovencita se iba sola, con su aspecto gentil, oprimidos los hombros por su viejo vestido negro demasiado estrecho y demasiado corto; y la señora Lerat tenía el encargo de anotar la hora de su llegada; para decírsela después á Gervasia. Veinte minutos se le concedían para ir desde la calle de la Goutte d'Or á la del Caire, lo cual era muy suficiente, por cuanto esos diablillos de muchachas tienen las piernas ligeras como los ciervos.

A veces llegaba á la hora puntual, pero tan encendida, tan sofocada, que de seguro había atravesado la barrera en diez minutos, después de haberse entretenido en el camino. A menudo se presentaba con un retraso de siete ú ocho minutos, y todo el día se mostraba muy cariñosa con su tía, con ojos suplicantes; y procurando conmovérsela é impedir que se lo dijese á sus padres. La señora Lerat, que conocía lo que era

la juventud, engañaba á los Coupeau, sermoneando á Naná con ríspices interminables, sacando á relucir su responsabilidad y los peligros que corría una joven por las calles de París. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¿no la perseguían también á ella misma? Cobijaba á su sobrina con ojos encendidos por continuas preocupaciones licenciosas, sintiéndose abrasada con la idea de guardar y de mimar la inocencia de aquella gatita.

—Mira—le repetía—es preciso que nos lo cuentes todo... Soy demasiado buena para ti, y no me quedaría más recurso que arrojarme al Sena si te sucediese una desgracia... ¿Oyes, gatita mía?... Si los hombres te hablan, es menester que me lo repitas todo, todo, sin omitir una palabra... ¡Vaya! ¿no te han dicho nada todavía? ¿me lo juras?

Naná se reía al oír aquello, contrayendo pícaramente la boca. No, no tal; los hombres no la hablaban. Andaba ella demasiado de prisa. Por otra parte, ¿qué es lo que hubieran podido decirle? ¡para nada tenía que entenderse con ellos! Y explicaba sus retrasos, con aire inocentón; se había detenido á mirar las estampas, ó bien había acompañado á Paulina para oírle contar cuentos. Ya podían seguirla, si no la creían; ni siquiera se desviaba un momento de la acera izquierda y caminaba muy lista, dejando rezagadas á todas las demás oficialas, con la velocidad de un coche. Verdad es que un día la señora Lerat la sorprendió en la calle del Petit Carreau, mirando al aire y riendo, en compañía de otras tres pícaras floristas, porque veían á un hombre afeitándose en una ventana; pero la gatita se enfadó, jurando que precisamente entraba entonces en la panadería de la esquina á comprar un panecillo de un sueldo.

—¡Oh! ¡ya la vigilo! ¡no tengáis cuidado!—decía la viuda á los Coupeau.—Os respondo de ella como de mí misma. Si algún desvergonzado se propasase á quererla pellizcar tan sólo, al momento me pondría yo por medio.

El taller de Titreville era una gran pieza en el entresuelo, con un ancho tablero colocado sobre una armadura y ocupando todo el centro. A lo largo de las cuatro paredes vacías, cuyo papel de color gris meón

dejaba ver el yeso á través de algunas roturas, había unos estantes atestados de cajas viejas de cartón, paquetes y modelos de deshecho olvidados allí, bajo una densa capa de polvo. El techo parecía haber sufrido algunos brochazos de hollín por la luz del gas. Las dos ventanas abiertas eran tan grandes, que las obreras, sin separarse de la mesa de labor, veían pasar á todo el mundo por la acera de enfrente.

La señora Lerat, para dar buen ejemplo, llegaba siempre la primera. Después, la puerta se abría y cerraba durante un cuarto de hora; oficialas y aprendizas entraban á la desbandada, sudando y despeinadas.

Una mañana de julio llegó Naná la última, lo cual, por otra parte, acostumbraba á suceder desde hacía algún tiempo.

—¡Caramba! ¡cuándo lograré la dicha de tener coche!—exclamó al entrar.

Y sin quitarse siquiera su sombrero, especie de gorro negro, que ella llamaba su caperuza y estaba ya harta de remendar, aproximóse á la ventana y se inclinó á derecha é izquierda, para ver la calle.

—¿Qué miras?—le preguntó la señora Lerat, desconfiando.—¿Acaso tu padre ha venido acompañándote?

—No, ciertamente—respondió Naná con la mayor tranquilidad...—No miro nada... Lo que miro, es que hace un calor endemoniado. Verdaderamente, corriendo como me veo precisada á venir, hay para pillar una enfermedad.

Aquella mañana hizo un calor sofocante. Las obreras habían bajado las persianas, á través de las cuales espían el movimiento de la calle, y por último se pusieron á trabajar, colocadas en fila á los dos lados de la mesa, cuyo extremo ocupaba la señora Lerat. Eran ocho, cada una tenía delante su puchero de cola, sus tenacillas, sus herramientas y su almohadilla de estampar. Sobre la mesa yacían en confusión alambres, carretes, algodón en rama, papel verde y papel castaño, hojas y pétalos cortados de seda, raso ó terciopelo. En medio, en la boca de un frasco grande, una de las oficialas había colocado un ramito de dos sueldos, que desde la víspera se marchitaba en el escote de su corpiño.

—¿No lo sabéis?—dijo Leonia, una linda morenita, inclinándose sobre su almohadilla, donde estampaba pétalos de rosa.—¡pues bien! esa pobre Carolina es muy desgraciada con el mozo que venía á esperarla por las noches.

Naná, que estaba cortando tiras delgadas de papel verde, exclamó:

—¡Pardiez! ¡un hombre que le «pone colas» (1) todos los días!

El taller en peso se animó, á impulso de una alegría socarrona, y la señora Lerat tuvo que ponerse seria murmurar, frunciendo la nariz:

—¡Qué mal hablada y qué descarada eres, hija mía! ¡Ya se lo contaré á tu padre y veremos si le agrada!

Naná hinchaba los carrillos, como reprimiendo una carcajada. ¿Y qué? ¡su padre! ¡como si su padre no pronunciase otras palabras peores! Pero Leonia, de pronto, dijo en voz baja y rápidamente:

—¡Cuidado! ¡que viene la maestra!

Y en efecto, la señora Titreville, mujer alta y flaca, entraba á la sazón. Generalmente permanecía abajo, en la tienda. Las obreras la temían mucho, porque nunca gastaba bromas. Dió lentamente la vuelta alrededor de la mesa, sobre la cual actualmente todas las obreras estaban inclinadas; silenciosas y activas. Trató á una de las aprendizas de torpe y la obligó á empezar de nuevo una margarita. Y después, se marchó con el aspecto tieso con que había llegado.

—¡Arre! ¡arre!—repetía Naná, en medio de un gruñido general.

—¡Señoritas!... ¡señoritas!...—dijo la señora Lerat, pretendiendo adoptar un aspecto severo.—¡Me veré obligada á tomar determinaciones!...

Pero nadie la escuchaba, ni la temía. Mostrábase demasiado tolerante, estimulaba en sus apetitos sensuales entre aquellas niñas en cuyos ojos chispeaba la malicia, llamándolas á parte para sonsacarles confidencias sobre sus amantes y hasta echándoles las cartas, cuando quedaba libre en extremo de la mesa.

(1) «Poner colas»; equivale á poner cuernos.

Su cutis duro, su cuerpo de gendarme estremeciéndose á impulsos de una alegría retozona de comadre, desde que se entraba en el terreno de la «bagatela». Lo que únicamente la ofendía eran las palabras obscenas; con tal de no emplear palabras obscenas, podían decirlo todo.

¡Verdaderamente, Naná completaba en el taller una admirable educación! Disposiciones no le faltaban; pero se perfeccionaba con el trato de aquella reunión de chicas ya deslomadas de miseria y de vicio. Allí estaban mezcladas unas con otras, corrompiéndose juntas; la eterna historia de las manzanas en el cesto, cuando hay entre ellas alguna podrida. Verdad es que procuraban presentarse convenientemente en sociedad, evitando parecer demasiado ligeras de cascos y demasiado licenciosas en el lenguaje. En una palabra, esmerábanse en aparentar la más decente educación.

Pero, eso sí; en particular, y al oído, las obscenidades campeaban, que no había más que pedir. No podían encontrarse dos juntas, sin que inmediatamente se desternillasen de risa, contándose porquerías. Después, acompañábanse una á otra por las noches, y entonces era el momento de las confidencias, de aventuras capaces de erizar los cabellos y que hacían detener su paso á las dos rapazas, enardecidas, en medio del codeo de la muchedumbre. Y como si esto no bastase para las muchachas que, como Naná, aún no habían comido del fruto vedado, reinaba en el taller una atmósfera perniciosa, un olor de baile de candil y de noches dudosas, importado allí por las oficiales corretonas con sus moños mal atados y sus enaguas tan estrujadas que parecía que se habían acostado sin desnudarse.

Las indolentes perezas de los días siguientes á las juergas, los ojos rodeados de ese círculo obscuro que la señora Lerat llamaba honestamente: «dos puñetazos del amor», las derrengaduras y las enronquecidas voces insuflaban cierta perversión por encima la mesa, entre el brillo y la fragilidad de las flores artificiales. Naná aspiraba con fuerza, embriagándose casi, cuando tenía á su lado alguna muchacha de esas que le han visto ya las orejas al lobo. Durante largo tiempo, sentóse

cada día junto á la buena moza Lisa, que se decía estaba embarazada; y dirigía relumbrantes miradas á su vecina, como esperando verla hincharse y estallar de repente.

Difícil era que, en asuntos de malicia, se le pudiese enseñar alguna novedad. La bribonzuela lo sabía todo; todo lo había aprendido en el arroyo de la calle de la Goutte d'Or. En el taller se limitaba á ver cómo las demás obraban, y por grados desarrollábanse en ella y el capricho de practicarle á su vez.

—Aquí se ahoga una—murmuró acercándose á una ventana, como para bajar más la persiana.

Y se inclinó, mirando de nuevo á derecha é izquierda. En aquel momento Leonia, que acechaba á un hombre parado en la acera de enfrente, exclamó:

—¿Qué espera allí aquel viejo? Hace un cuarto de hora que está mirando á este sitio.

—¡Algún papanatas, sin duda!—dijo la señora Lerat.—¡Naná! ¿quieres venir y sentarte? Te he prohibido que estés en la ventana.

Volvió á coger Naná los rabos de violeta que reforcía y todo el taller empezó á ocuparse del hombre aquel. Era un caballero bien vestido, con gabán y como de unos cincuenta años, rostro pálido, muy grave y muy digno, con la barba gris por debajo del cuello, correctamente cortada. Por espacio de una hora permaneció delante de la tienda de un herbolario, levantando la vista hacia las persianas del taller. Las floristas lanzaban ligeras risitas, que se ahogaban en el ruido de la calle, y se inclinaban, muy atareadas, encima de su labor, mirando de reojo, para no perder de vista al caballero.

—¡Toma!—observó Leonia;—¡lleva lentes! ¡Oh! ¡es un hombre elegante!... ¡De seguro que espera á Agustina!

Pero Agustina, una rubia alta y fea, contestó secamente que no le agradaban los viejos. Y la señora Lerat, moviendo la cabeza, murmuró con sonrisa maliciosa, llena de intención:

—Tenéis mal gusto, querida; los viejos son los más tiernos.

En aquel momento, la vecina de Leonia, una pequeña

nina regordeta, le soltó al oído una frase, y Leonia, de repente, se recostó en el respaldo de su silla, presa de un loco acceso de risa, retorciéndose, dirigiendo miradas al caballero y riendo todavía con más ganas. Y tartamudeaba:

—¡Es verdad! ¡Sí!... ¡qué cochina es esta Sofia!

—¿Qué ha dicho? ¿qué ha dicho?—preguntó á coro el taller, ardiendo en curiosidad.

Leonia enjugó las lágrimas que la risa le había hecho brotar de sus ojos, sin contestar. Y cuando se hubo repuesto un poco, volvió á emprender su faena diciendo:

—¡Eso no se puede repetir!

Insistían las demás, y ella rehúsaba con la cabeza, atacada de vez en cuando por nuevos accesos de risa. Entonces Agustina, su vecina de la izquierda, le suplicó que se lo dijese en voz baja. Y Leonia, por último, tuvo á bien decírselo, arrimándole sus labios al oído. Agustina se echó atrás y se retorció de risa á su vez. Después, ella misma repitió la frase, que fué circulando de esta suerte, de oído en oído, en medio de las exclamaciones y de las ahogadas risas. Cuando todas estuvieron enteradas de la sucia frase de Sofia, miráronse unas á otras y juntas soltaron el trapo á la risa, aunque un tanto ruborizadas y confusas. Sólo la señora Lerat ignoraba la causa de aquella jovialidad, y esto la contrariaba en extremo.

—Poca educación revela lo que están haciendo ustedes, señoritas—dijo.—No se habla bajo cuando hay gente delante... ¿Alguna indecencia, verdad? ¡Qué bien habla eso en favor de ustedes!

Sin embargo, no se atrevió á pedir que le repitiesen la sucia frase de Sofia, á pesar de su vivo deseo de conocerla. Empero, durante un ratito, con la cabeza baja y fingiendo dignidad, se deleitó en la conversación de las obreras.

Ninguna de ellas podía pronunciar una palabra, si quiera fuese la más inocente, acerca del trabajo, por ejemplo, sin que al momento las demás lo interpretasen maliciosamente; separaban la palabra de su sentido propio, dándole un significado indecente y hacían alusiones extraordinarias tocante á frases tan sencillas

llas como estas: «Mis tenacillas están rajadas», ó bien: «¿Quién ha andado en mi pucherillo?» y todo lo relacionaban con el caballero que estaba de plantón en la acera, y el caballero salía á relucir siempre al cabo de las alusiones. ¡Ah! ¡no debían silbarle poco los oídos! Hasta acababan por decir necedades á fuerza de querer ser maliciosas.

Pero esto no les impedía, sin embargo, encontrar el juego muy divertido, excitadas, chispeantes sus ojos, á medida que progresaba la broma. La señora Lerat no podía enfadarse, toda vez que no pronunciaban palabras obscenas. Y hasta les hizo desternillarse de risa, á todas, diciendo:

—¡Señorita Lisa, mi fuego se ha apagado, deme usted el suyo!

—¡Ah! ¡el fuego de la señora Lerat se ha apagado!—gritó el taller á coro.

La señora Lerat pretendió dar una explicación.

—Cuando ustedes tengan mi edad, señoritas...

Pero ninguna la escuchaba, y algunas propusieron llamar al caballero de la acera de enfrente, para que encendiese el fuego de la señora Lerat.

En medio de aquella inmoderada hilaridad, era de ver cómo se reía Naná. Ninguna frase de doble sentido le pasaba desapercibida. Y hasta ella misma soltaba algunas de padre y muy señor mío, apoyándolas con cierto gesto de su barba, muy hueca, y estallando de satisfacción.

Se encontraba en el vicio, como el pez en el agua. Y arrollaba perfectamente sus rabos de violeta, á la que se retorcía en su silla. ¡Oh! tenía en ello tanta destreza, que ni siquiera empleaba el tiempo que para liar un cigarrillo se necesita.

Nada más que el gesto de coger una delgada tira de papel verde y ¡allá va! el papel corría á lo largo, y punto concluido; cata ahí un ramito fresco y delicado, á propósito para lucir sobre las formas de las damas.

El «chic» estaba en los dedos, en aquellos dedos delgados de putuela, que parecían deshuesados, elásticos y mimosos. Era lo único que había podido aprender de aquel oficio. A ella le encargaban la confección

de todos los rabos del taller, por lo bien que los hacía.

Entre tanto, el caballero de la acera de enfrente se había marchado. El taller se tranquilizaba y trabajaba en aquel sofocante calor. Cuando dieron las doce, hora del almuerzo, sacudiéronse todas las delantales. Naná, que se había precipitado hacia la ventana, les gritó que ella bajaría para hacer los recados, si querían. Y Leonia le encargó dos sueldos de langostinos, Agustina un cucurucho de patatas fritas, Lisa un manojo de rábanos y Sofía una salchicha.

Después, viendo que Naná iba á bajar á la calle, la señora Lerat, que encontraba algo extraño el afán que mostraba por asomarse á la ventana aquel día, le dijo alcanzándola con el paso de sus largas piernas:

—Espera, voy contigo, tengo que hacer un recado.

Pero, ¡hed aquí que en el patio percibió al caballero aquel plantado como un cirio, dispuesto á entablar conversación con Naná! Esta se puso muy encarnada; y su tía la cogió del brazo violentamente, la hizo trotar sobre el empedrado, en tanto que el caballero particular echaba á andar tras ellas. ¡Ah! ¡el adefesio aquel iba allí por Naná! ¡brava recomendación á la edad de quince años y medio arrastrar á hombres pegados á sus faldas! Y la señora Lerat, vivamente, la interrogó. ¡Oh! ¡Dios mío! Naná no sabía nada; le seguía desde hacía sólo cinco días, y no podía sacar la nariz á la calle, sin tropezar de manos á boca con aquel sujeto; suponía que era comerciante, sí, fabricante de botones de hueso.

La señora Lerat quedó sorprendida ante esta confidencia, y se volvió, mirando de reojo al caballero.

—Desde luego se ve que es hombre de dinero—murmuró.—Oye, gatita mía, será menester que me lo cuentes todo. Ahora, ya nada tienes que temer.

Hablando, hablando, corrieron de tienda en tienda, á la del salchichero, á la de la frutera y á la del freidor. Y las provisiones, envueltas en papeles grasientos, se apilaban en sus manos. Pero ellas mostrábanse afables, contoneándose, dirigiendo en pos de sí leves sonrisas y asesinas miradas. La misma señora Lerat iba haciéndose la graciosa, la pollita, á causa del fabricante de botones, que no dejaba de seguirlas.

—Es muy distinguido—declaró, entrando en el patio.

—¡Si viniese con buen fin!...

Después, mientras subían la escalera, pareció recordar algo de repente.

—A propósito—dijo;—¿qué es lo que tus compañeras se decían esta mañana al oído? Ya sabes á qué me refiero; á la indecencia de Sofía.

Y Naná no se hizo rogar. Sólo que, eso sí, cogió á la señora Lerat por el cuello y la obligó á bajar dos escalones, porque, á la verdad, la cosa no podía decirse en alta voz, ni aún en una escalera. Y se la sopló al oído. Tan escandaloso era aquello, que la tía se limitó á mover la cabeza, abriendo desmesuradamente los ojos y torciendo la boca. Al fin, ya lo sabía; ¡ya había cesado su comezón!

Las floristas almorzaban, con las provisiones encima de sus rodillas, para no ensuciar la mesa. Apresurábanse á tragar, fastidiadas de comer, prefiriendo emplear la hora del almuerzo en ver pasar á los transeúntes ó en contarse sus secretillos por los rincones. Aquel día trataron de averiguar dónde se había ocultado el caballero de por la mañana; pero, decididamente, había desaparecido. La señora Lerat y Naná cambiaron ojeadas entre sí, aunque sin despegar los labios. Y era ya la una y diez minutos y las oficiales no se daban gran prisa para volver al trabajo, cuando Leonia, haciendo un ruido con los labios, así, «prrrrrúú», como acostumbraban los obreros pintores para llamarse unos á otros, avisó que la maestra llegaba. Inmediatamente se sentaron todas en sus sillas, inclinada la cabeza sobre su labor. La señora Titreville entró y dió una vuelta alrededor de ellas, con severidad.

Desde aquel día, la señora Lerat se recreó con el primer galanteo de su sobrina. No se separaba de ella ni un instante, la acompañaba día y noche, sacando siempre á relucir su responsabilidad. Aquello encocoraba un tanto á Naná; pero no dejaba de engreirla el verse guardada como un tesoro; y las conversaciones que sostenían entre las dos cuando iban por la calle, llevando detrás al fabricante de botones, la enardecían más y más, aumentando sus deseos de «dar el salto».

(1) ¡Oh! su tía comprendía aquel sentimiento; y el mismo fabricante de botones, aquel señor de cierta edad y tan comedido, la enteruecía, porque, al fin y al cabo, el sentimiento echa siempre raíces más profundas en las personas de edad madura. Sólo que la buena señora iba haciéndose vieja.

Sí; antes pasarían por encima de su cuerpo que tocar á la gatita. Y una noche se acercó al caballero aquel y le espetó á boca de jarro, que lo que hacía no estaba bien. El caballero saludó cortésmente y sin responder, como viejo zorro acostumbrado á los sofiones de los padres. La señora Lerat no podía, en verdad, enfadarse, pues aquel señor tenía demasiada educación. Y entonces empezó á dirigir á su sobrina una serie de consejos prácticos sobre el amor, de alusiones sobre lo marranos que son los hombres y una infinidad de aventuras de muchachas que se arrepintieron muy de veras de haberse dejado atrapar, y de cuya relación salía Naná lánguida y con los ojos animados por una negra perfidia, que se destacaba sobre su blanco rostro.

Empero un día en la calle del arrabal Poissonnieres, el fabricante de botones se atrevió á interponer su nariz entre la sobrina y la tía, para murmurar cosas que no son para dichas. Y la señora Lerat, azorada, y repitiendo que ni por sí misma estaba tranquila, se lo reveló todo á su hermano. Entonces la cosa cambió de aspecto, y hubo en casa de Coupeau solemnnes peloterías. Desde luego, el plomero administró una buena paliza á Naná. «¡Cómo se entiende! ¡la putuela aquella dedicarse á los viejos! ¡bueno! ¡que la llegase á sorprender dejándose besuquear! ¡ya vería lo que la esperaba! ¡voto á! ¡la retorcería el cuello en el acto! ¡háse visto cosa igual! ¡dedicarse una mocosuela á deshorrar á su familia!» Y la zurraba, añadiendo: ¡por vida del que anduviese derecha! pues desde aquel momento se encargaba él de vigilarla.

En cuanto Naná entraba en casa, la examinaba, la

(1) *Dar el salto*: Vale tanto (tratándose de una doncella) como saltar á pies juntillas sobre la virtud, tomar un querido. Alusión al *Salto de Leucades*, desde donde se precipitan al mar las mujeres desgraciadas en amor. (N. del T. tomada de *Eigand*.)

miraba bien de frente, para adivinar si traía en su semblante la impresión de uno de esos besitos que se estampan sobre los ojos sin hacer ruido. La olfateaba y la hacía volver á todos lados. Y una noche le dió otra paliza porque la encontró en el cuello otra mancha negra. La picarilla se atrevía á decir que aquello no era un chupón, sino un cardenal, un sencillo cardenal que Leonia le había hecho jugando. ¡Ya le daría él cardenales, y la impediría putear, aun cuando para ello hubiese de romperle una pata!

Otras veces, cuando se hallaba de buen humor, se burlaba de ella, ridiculizándola. ¡Bah! ¡valiente bocado para los hombres, chata como un lenguado y por remate unos «saleros» (1) en los hombros, donde cogía el puño! Naná, zurrada á causa de las cosas feas que no había cometido, arrastrada en la crudeza de las acusaciones abominables de su padre, mostraba la sumisión hipócrita y furiosa de las bestias acorraladas.

—¡Déjala ya!—repecía Gervasia, que era más razonable.—Acabarás por entrarla en deseos á fuerza de hablarle de ello.

¡Vaya si entraba en deseos la niña! Sentía una gran comezón en todo su cuerpo, anhelando echar á correr y «pasar por las armas», como decía papá Coupeau. La hacía vivir demasiado en esta idea; y tan frecuentemente se la repetía, que aún la más honesta joven se habría sentido inflamada. Hasta con su cínico hablar le enseñó cosas que la muchacha ignoraba aún; lo cual era bien extraño. Entonces, gradualmente, adquirió Naná maneras bastante significativas.

Una mañana la sorprendió el plomero metiendo la mano en un papel para ponerse algo en la cara. Eran polvos de arroz, con los que embadurnaba (dando con ello prueba de un gusto perverso) el delicado raso de su piel. Papá Coupeau le restregó el papel por la cara hasta desollársela, tratándola de hija de molinero. Otro día del taller cintas encarnadas para reformar su caperuza, aquel gorro que tanto la avergonzaba. Y el plomero le preguntó de dónde procedían aquellas cin-

(1) *Salero*: Cavidad más ó menos profunda de la clavícula, en las mujeres, según su grado de delgadez.

tas. ¡Voto á! ¿sin duda las había ganado tendida de espaldas, ó quizá las había robado? Puta ó ladrona, ¡ó tal vez las dos cosas juntas! Muchas otras veces le vió también entre las manos, algún objeto caprichoso, ya una sortija de cornalina, ya unas mangas con puntillita de encaje, ó bien uno de esos guardapelos de dúblé en forma de corazón, uno de esos «palpa-aquí» que las muchachas se colocan entre las tetas.

Coupeau quería hacer añicos todos aquellos dijes, pero ella defendía sus cosas con furor: eran suyas, unas señoras se las habían regalado, ó bien eran producto de algunos cambios que hacía en el taller. Por ejemplo: el guardapelo lo había encontrado en la calle de Aboukir. Cuando el plomero lo aplastó de una patada, quedó la moza tiesa, pálida y crispada, en tanto que una revolución interior la impelía á arrojarle sobre su padre y arañarle. ¡Hacía dos años que su sueño dorado consistía en la posesión de aquel guardapelo, y de repente se lo aplastaban! No; ¡aquello era ya demasiado, aquello debía concluir al fin!

Entre tanto, Coupeau empleaba más terquedad que hombría de bien en la manera con que pretendía hacer entrar en carril á Naná. A menudo carecía de razón, y sus injusticias exasperaban á la mocita. Llegó ésta al extremo de faltar al taller, y cuando el plomero le administró la correspondiente tunda, se mofó de él y contestó que no quería volver á casa de Titreville, porque la colocaban al lado de Agustina, que seguramente debía haberse comido los pies, pues de tal modo le hedía el aliento.

Entonces su padre la condujo él mismo á la calle del Caire, rogando á la maestra que colocase siempre á Naná al lado de Agustina, en castigo. Cada mañana, durante quince días, se tomó el trabajo de acompañar á su hija hasta la puerta del taller y permanecía cinco minutos esperando en la acera á fin de cerciorarse que había entrado. Empero una mañana, habiéndose entretenido un rato con un camarada, después de dejar á su hija, en una taberna de la calle Saint-Denis, percibió á los diez minutos á la muy bribona que bajaba la calle apresuradamente, zarandeando el trasero. Hacia ya quince días que le embaucaba, subiendo dos

tramos más de escalera, sin entrar en el taller de Titreville, y sentada en un escalón esperaba que su padre se hubiese marchado.

Cuando Coupeau quiso quejarse á la señora Lerat, ésta le gritó con bastante acritud que no admitía la lección; ya había dicho á su sobrina todo lo que debía decirle contra los hombres y no era suya la culpa si la bribona les tenía afición á esos marranos; por consiguiente, se lavaba las manos y juraba que no volvería á meterse en tales asuntos, pues sabía lo que sabía, respecto á los chismes que corrían en la familia, sí; y que había personas que se atrevían á acusarla de perderse ella misma con Naná y de gozar el sucio placer de verla ejecutar á su vista la gran voltereta.»

Además, Coupeau supo por la maestra que Nana había sido pervertida por otra oficiala, la desvergonzada Leonia, que acababa de abandonar las flores para echarse á la vida.

Indudablemente, su hija, ganosa tan sólo de coquetear y de andar por las calles, podía todavía casarse con la corona de azahar en la cabeza; pero ¡demonche! era menester darse mucha prisa si se quería presentarla á un marido sin tener nada roto, limpia y en buen estado, en una palabra: completa como las señoritas que se respetan.

En la casa de la calle de la Goutte d'Or se hablaba del viejo de Naná como de un señor á quien todo el mundo conocía. ¡Oh! era muy cumplido, tal vez algo tímido, pero terco y cachazudo como un demonio, siguiéndola á diez pasos, á manera de obediente perro.

Algunas veces llegaba á entrar hasta el patio.

La señora Gaudrón le encontró una noche en la meseta del segundo piso, mirando á lo largo de la barandilla, con la cabeza baja, muy enardecido y miedoso. Y los Lorilleux amenazaban con mudarse de casa si su guñapo de sobrina seguía llevando hombres pegados á sus faldas, pues era ya repugnante ver la escalera llena de desconocidos y no se podía bajar sin tropezar con ellos en todos los escalones, acechando y en espera; verdaderamente, parecía que había

un animal curioso que ver en aquel rincón de la casa.

Los Boche se compadecían de la suerte de aquel pobre señor, de un hombre tan respetable que perdía el seso por una putueta. ¡En resumen! era un comerciante; ellos habían visto su fábrica de botones en el bulevar de la Villette, sí, ¡aquel señor hubiera podido hacer la felicidad de una mujer si hubiera tropezado con una joven honrada! Gracias á los detalles dados por los porteros, toda la gente del barrio y hasta los mismos Lorilleux manifestaban la mayor consideración hacia aquel viejo, cuando le veían pisar los talones de Naná con el labio colgante en su faz pálida y con su barba gris cuidadosamente recortada.

Durante el primer mes, Naná se divirtió de lo lindo con su viejo. Era cosa de verle, haciendo siempre el oso alrededor de ella; parecía un verdadero catusalsas palpando sus faldas por atrás, entre la muchedumbre, como quien no hace nada. ¡Y sus piernas! ¡un par de astillas de carbonero, unas verdaderas cerillas! Además, sin «musgo» en el «guijarro» (1), con cuatro pelos lisos sobre el cogote, de manera que muchas veces le daban tentaciones á Naná de preguntarle dónde vivía el peluquero que le sacaba la raya. En una palabra: un vejestorio, ¡pero sin maldita gracia!

Después, á fuerza de verlo sin cesar, llegó á no parecerle tan chistoso el lance. El señor aquel le causaba miedo, y de seguro, si se le hubiese acercado, se habría puesto la muchacha á gritar. A menudo, cuando se detenía delante del escaparate de un joyero, le oía, de improviso, murmurando las palabras á su espalda.

Y lo que le decía era verdad; de buena gana hubiera querido tener una cruz con una cinta de terciopelo para el cuello, ó bien unos pendientes de coral, tan chicos, que hubiesen parecido gotas de sangre.

Aun sin ambicionar joyas, no podía, en verdad, continuar hecha una facha, estaba ya cansada de remendarse con los desechos del taller de la calle del Caire, y sobre todo estaba harta de su gorro, del sempiterno sombrero sobre el cual las flores robadas de casa del Titreville hacían el efecto de cazcarnias colgando como

(1) Calvo.

scabeles del frasero de un pobre. Entonces, frotando el burro, salpicada por los coches, cegada por el brillo de los escaparates, sentía deseos que le escarabajaban el estómago, así como caprichos, antojos de verse bien vestida, de comer en los restaurants, de ir al teatro, de tener una habitación propia, con hermosos muebles.

Deteniase, pálida de deseo, sentía como si desde el empedrado de París le subiese cierto calor á lo largo de los muslos, un apetito feroz de comer de los placeres de que se veía rodeada, entre la baraúnda de las aceras. Y precisamente en tales momentos, nunca, nunca dejaba de ocurrir que su viejo le deslizase proposiciones al oído. ¡Ah! ¡con qué gusto le hubiera cogido la palabra á no tenerle miedo! una rebelión interior le daba fuerzas para rehusar, furiosa y descontenta de lo que ignoraba del hombre, á pesar de todo su vicio.

Pero, cuando llegó el invierno, la existencia se hizo imposible en casa de los Coupeau. Cada noche recibía Naná una paliza. Cuando el padre estaba fatigado de zurrarla, la madre la llenaba de cachetes, para enseñarla á portarse bien. Y á menudo ocurrían peloterías generales; si uno la zurraba, la otra la defendía, hasta el extremo de acabar los tres por revolcarse en el suelo, en medio de los cacharros rotos. Como si esto no bastase, la comida escaseaba y se arrecian de frío.

Si la moza se compraba algún adornito, ya una corbata, ya unos botones para las mangas, sus padres se lo confiscaban y pulían. Naná no poseía más que su renta de cachetes antes de tenderse en su pedazo de manta, donde tiritaba bajo su falda negra que extendía sobre su cuerpo, como único abrigo. ¡No! ¡aquella condenada vida no podía seguir así! ¡no quería dejar en ella su piel! Su padre, desde hacía largo tiempo, no entraba en cuenta para ella; cuando un padre se emborracha como se emborrachaba el suyo, deja de ser libre, convirtiéndose en una bestia repugnante, de la que uno desea verse libre.

Por entonces su madre iba decayendo también en su cariño. También bebía, ¡también! Entraba, por gusto, en la taberna del tío Colombe á buscar á su marido, con la idea de que la convidasen; y se sentaba

á la mesa muy satisfecha, sin los remilgos y ascós de la vez primera, despachando las copas de un trago, permaneciendo de codos sobre la mesa durante horas enteras y saliendo de allí con los ojos encandilados. Cuando Naná, al pasar por delante de la taberna, veía á su madre en el fondo, con las narices metidas en la copa, embrutecida en medio de las soeces conversaciones de los hombres, acometíala una cólera violenta; porque la juventud, que siempre está apeteciendo otra muy diferente golosina, no comprende la pasión por la bebida.

En tales noches, ofrecíase á sus ojos un bello cuadro; el papá borracho, la mamá borracha, una endemoniada zahurda en la que no había pan y queapestaba á licor; en una palabra, ni una santa hubiera podido permanecer allí dentro. ¡Tanto peor! si algún día aquélla tomaba las de Villadiego, ya podían sus padres entonar el «mea culpa» y asegurar que ellos mismos la habían lanzado á la calle.

Un sábado, al entrar Naná, encontró á su padre y á su madre en un estado abominable. Coupeau tendido al través de la cama roncaba. Gervasia, aplomada en una silla, movía la cabeza, con los ojos extraviados é inquietos, como si girasen en el vacío.

Había olvidado calentar la comida, unos restos de guisado. Una candileja sin despabilar, alumbraba la vergonzosa miseria de aquel zaquizamí.

—¿Eres tú, sabandija?—tartamudeó Gervasia.—¡Buéno! ¡ya te compondrá tu padre!

Naná, sin contestar, permanecía pálida, miraba al hornillo frío, la mesa sin platos, el cuarto lúgubre; donde aquel par de borrachos añadían el pálido horror de su embrutecimiento. Ni siquiera se quitó el sombrero; dió una vuelta por la habitación y después, apretando los dientes, volvió á abrir la puerta y se marchó.

—¿Sales?—preguntóle su madre, sin poder volver la cabeza.

Sí; se me ha olvidado una cosa... Al momento subo... ¡Buenas noches!

Y no volvió.

Al día siguiente, los Coupeau, ya serenos, se zurrá-

ron echándose uno á otro en cara la fuga de Naná. ¡Ah! ¡ya debía estar lejos, si no había dejado de correr! Como se suele decir á los muchachos tocante á los gorriones, podían ir sus padres á ponerle un grano de sal en la cola, y tal vez así la cogerían.

Aquel fué un terrible golpe que aplastó más á Gervasia, pues no dejaba de comprender, á pesar de su degradación, que la voltereta de su hija, en camino de prostituirse, la hundía á ella más y más, dejándola sola, sin hija á quien guardar consideración, y pudiendo dejarse arrastrar, no retenida por el menor freno, hacia lo más hondo del abismo.

Sí, aquel «camello» sin entrañas le arrebatava el último pedazo de su honradez, llevándose con sus vestidos sucios. Y se emborrachó por espacio de tres días, furiosa, crispados los puños y preñada la boca de palabras abominables contra la puta de su hija.

Coupeau, después de rodar por los bulevares exteriores y mirar de cerca á todas las zorronas que pasaban, se ponía á fumar su pipa con la mayor tranquilidad; sólo de vez en cuando, durante las comidas, se levantaba, alzando los brazos y empuñando un cuchillo, clamando á voz en grito que estaba deshonorado; y luego se volvía á sentar para concluir de comer su sopa.

En la casa, de donde no pasaba mes sin que se fugase alguna mozuela, como canario que ve abierta la puerta de su jaula, á nadie sorprendió el accidente de los Coupeau. Pero, eso sí; los Lorilleux triunfaban. ¡Ah! ¡bien habían profetizado ellos que la chiquilla les plantaría el día menos pensado! Merecido lo tenían; pues ya se sabe que todas las floristas acaban mal.

Los Boche y los Poisson lo echaban también á bromas, haciendo alarde y protestas de virtud extraordinaria. Sólo Lantier era el que defendía socarronamente á Naná. Verdad es, decía con su aire de puritano, que toda señorita que se lanza á la vida ofende todas las leyes; y después añadía, brillando en el ángulo de sus ojos una llama particular, que ¡pardiez! era demasiado bonita la bribonzuela, para aguantar la miseria á su edad.

—¿No sabéis?—exclamó un día la señora Lorilleux

en la portería de los Boche, donde toda la camarilla tomaba café;—¡pues bien! ¡tan cierto como el sol que nos alumbraba: la Banbán ha vendido á su hija... Sí; la ha vendido, ¡tengo pruebas!... Aquel viejo á quien encontrábamos día y noche en la escalera, subía ya á darle cantidades á cuenta. Eso saltaba á los ojos. Ayer, sin ir más lejos, no faltaba quien les ha visto, en el «Ambigú», á la doncella y á su vejestorio!... ¡Palabra de honor! ¡viven juntos, ya lo veis!

Concluyeron de tomar el café, discutiendo sobre el mismo tema. Al fin y al cabo, la cosa era posible, puesto que otras más gordas ocurrían. Y en el barrio las gentes de más arraigo acabaron por repetir que Gervasia había vendido su hija.

Entre tanto Gervasia arrastraba su miseria, ciscándose en el mundo. Aunque la hubiesen llamado ladrona, por la calle, ni tan sólo hubiera vuelto la cabeza. Hacía ya un mes que no trabajaba en casa de la señora Fauconnier, la cual se había visto precisada á despedirla para evitarse desazones. En el espacio de algunas semanas estuvo en casa de ocho planchadoras; trabajaba dos ó tres días en cada casa y al momento la despedían; de tal modo estropeaba la labor, sin cuidado, sucia y perdiendo la chaveta hasta el extremo de olvidar su oficio.

Por último, comprendiendo que ya ni para aprendiz servía, abandonó el planchado y se dedicó á lavandera, en el lavadero de la calle Neuve; chapotear, revolverse en la cazcarria, descender á todo lo que el oficio tiene de más rudo y fácil, aún lo hacía tal cual, bajando de paso un grado más en la pendiente del terrible abismo. Eso sí; el lavadero no la embellecía ni mucho menos.

Al salir de allí, parecía enteramente un perro sucio después de revolcarse en un muladar, empapada de agua y enseñando sus amoratadas carnes. Y con ello engordaba de día en día, á pesar de sus inútiles paseos á la despensa vacía, y su pierna cojeaba de tal modo; que ya no podía ir andando cerca de cualquiera sin que corriese peligro de echarle al suelo de un empuellón.

Naturalmente, cuando se decae hasta tal extremo,

desaparece todo el orgullo de la mujer. Gervasia había perdido la dignidad, su coquetería, sus necesidades de sentimientos, de conveniencias y de consideraciones.

Aun cuando le hubiesen dado zapatazos en todas partes, por delante y por detrás, no los hubiera sentido, pues cada vez se iba volviendo más indolente y más perezosa. Al verla así, Lantier la había abandonado por completo y ni tan sólo la pellizcaba por cortesía; y ella parecía no advertir siquiera aquel fin de unos antiguos lazos lentamente arrastrados y rotos por efecto de un cansancio mutuo.

Aquello, para ella, significaba una carga menos. Hasta las relaciones de Lantier y Virginia, la dejaban completamente tranquila; ¡tan diferentes le eran hoy aquellas tonterías que tanto ardor le inspiraban en otros tiempos! Capaz habría sido de aguantarles la vela si lo hubiesen deseado.

Ya nadie ignoraba la cosa: el sombrerero y la confitera se las entendían perfectamente, lo cual les era fácil y cómodo, puesto que el cornudo de Poisson estaba de servicio nocturno; que le tenía tiritando por las desiertas aceras, en tanto que su mujer y el vecino, metidos en casa, conservaban muy calentitos los pies. ¡Oh! ¡no tenían que precipitarse! oían resonar lentamente sus botas, al pasar por delante de la tienda, en la obscura y vacía calle, sin tener que sacar siquiera las narices fuera de la sábana.

Un municipal es esclavo de su deber ¿verdad? Y continuaba tranquilamente hasta que era de día, perjudicándole en su propiedad, mientras aquel hombre severo velaba por la propiedad ajena.

Todo el barrio de la Goutte d'Or se reía con aquel sainete y encontraba muy chusco que le pusiesen cuernos á la autoridad.

Por lo demás, Lantier había conquistado aquel rincón. La tienda y la tendera entraban en el trato. Acababa de comerse una planchadora; actualmente, estaba mascando una planchadora; y si tras de ella venían á establecerse en la tienda merceras, papeleras, modistas, tenía mandíbulas para tragárselas á todas.

No; jamás se ha visto á otro hombre revolcándose

L'Assommoir—Tomo II—10.

así en el azúcar. Lantier había sabido elegir perfectamente, aconsejando á Virginia el comercio de golosinas: Era demasiado provenzal para no adorar los dulces, es decir, que hubiera vivido únicamente de pastillas, bolas de goma, confites y chocolate.

Las almendras azucaradas, sobre todo, le hacían salir una espumilla en los labios ¡de tal modo le cosquilleaban la garganta! Desde hacía un año, sólo vivía de dulces. Abría los cajones y se despachaba á su gusto, cuando Virginia le dejaba solo rogándole que vigilara la tienda.

A menudo, conversando, en presencia de cuatro ó cinco personas, levantaba la tapadera de un bocal del mostrador, metía mano en él y sacaba algo que masticar; el bocal quedaba abierto y acababa por vaciarse. Nadie reparaba en ello, que, según decía él, era una manía. Además, había inventado un catarro perpetuo, una irritación de la garganta, que era preciso suavizar.

Seguía sin trabajar, combinando planes cada vez más considerables; á la sazón, acariciaba una invención soberbia; el sombrero-paraguas, un sombrero que se transformaba puesto en la cabeza en un paraguas colosal, á las primeras gotas de un chubasco. Y le prometía á Poisson la mitad de los beneficios, pidiéndole prestadas, de paso, partiditas de veinte francos para hacer ensayos.

Entre tanto, la tienda se iba fundiendo sobre su lengua; todas las mercancías pasaban por ella, incluso los cigarros de chocolate y las pipas de caramelo encarnado. Cuando saturado de golosinas y lleno de ternura se regalaba con una caricia de la patrona en algún rincón, ésta le encontraba azucarado y con los labios como almendras confitadas. ¡Verdaderamente daba gusto besarle! ¡estaba hecho una miel! Los Boche decían que le bastaba á Lantier meter un dedo en su café, para ponerlo como jarabe.

Lantier, eternecido por estos postres continuos, manifestábase paternal con Gervasia. Le daba consejos y la reñía por su holgazanería. ¡Qué diablos! ¡una mujer á su edad debía saber salirse de apuros! Y la acusaba de haber sido siempre glotona.

Empero como es preciso tender la mano á las personas, aun cuando no lo merezcan, procuraba proporcionarle algunas faenas. Así, pues, decidió á Virginia á que hiciese ir á Gervasia una vez á la semana para fregar la tienda y las habitaciones; la lejía ya la cocina, y cada vez ganaba treinta sueldos.

Llegaba Gervasia el sábado por la mañana con un cubo de agua y su cepillo, sin que se advirtiese en ella el más mínimo sufrimiento por tener que hacer una operación tan humillante y sucia, la operación de las fregatrices, en aquella casa donde había reinado como hermosa patrona rubia. Era aquello el último aplastamiento, la conclusión de su orgullo.

Un sábado hubo de tomarse no poco trabajo. Había llovido por espacio de tres días; los pies de los parroquianos parecía que habían dejado en la tienda todo el lodo del barrio.

Virginia estaba en el mostrador, desempeñando su papel de señora, muy bien peinada, con un cuellecito y mangas de encaje. A su lado, sentado en el angosto banquillo de terciopelo encarnado, pavoneábase Lantier, como quien está en su casa, absolutamente como el verdadero dueño de la tienda; y metía negligente-mente la mano en un bocal de pastillas de menta para no perder la costumbre de mascar azúcar.

—¡Oiga usted, señora Coupeau!—gritó Virginia; que seguía con la vista y mordiéndose los labios, el trabajo de la fregatriz;—¿no ve usted que se deja toda la porquería allí bajo, en aquel rincón? ¡restriegue usted eso un poco mejor!

Gervasia obedeció. Volvió al rincón aquel y principió á fregar de nuevo. Arrodillada en el suelo, en medio del agua sucia, se doblaba por el espinazo, con los hombros salientes y los brazos amarrotados y rígidos. Su vieja falda empapada de agua, se le pegaba á las nalgas. Y sobre aquel piso parecía un montón de basura, despeinada y enseñando á través de los agujeros de su chombra la hinchazón de su cuerpo, un desbordamiento de carnes blandas que viajaban, rodaban y saltaban, á impulso de las rudas sacudidas de su faena, sudando de tal modo, que de su inundado rostro manaban gruesas gotas.